

ORACION

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1850 A 1851,

DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.

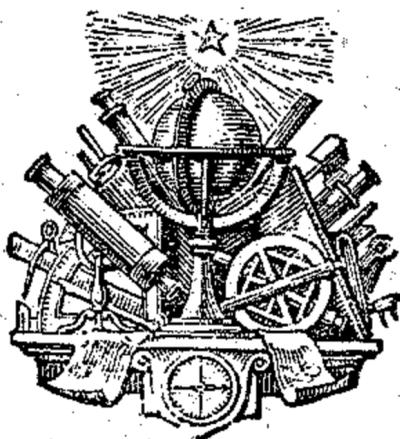
POR

EL DOCTOR D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

CATEDRATICO DE LITERATURA ESPAÑOLA

en los Estudios superiores de la Facultad de Filosofía.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA,
calle de San Cipriano, núm. 3.

1850.

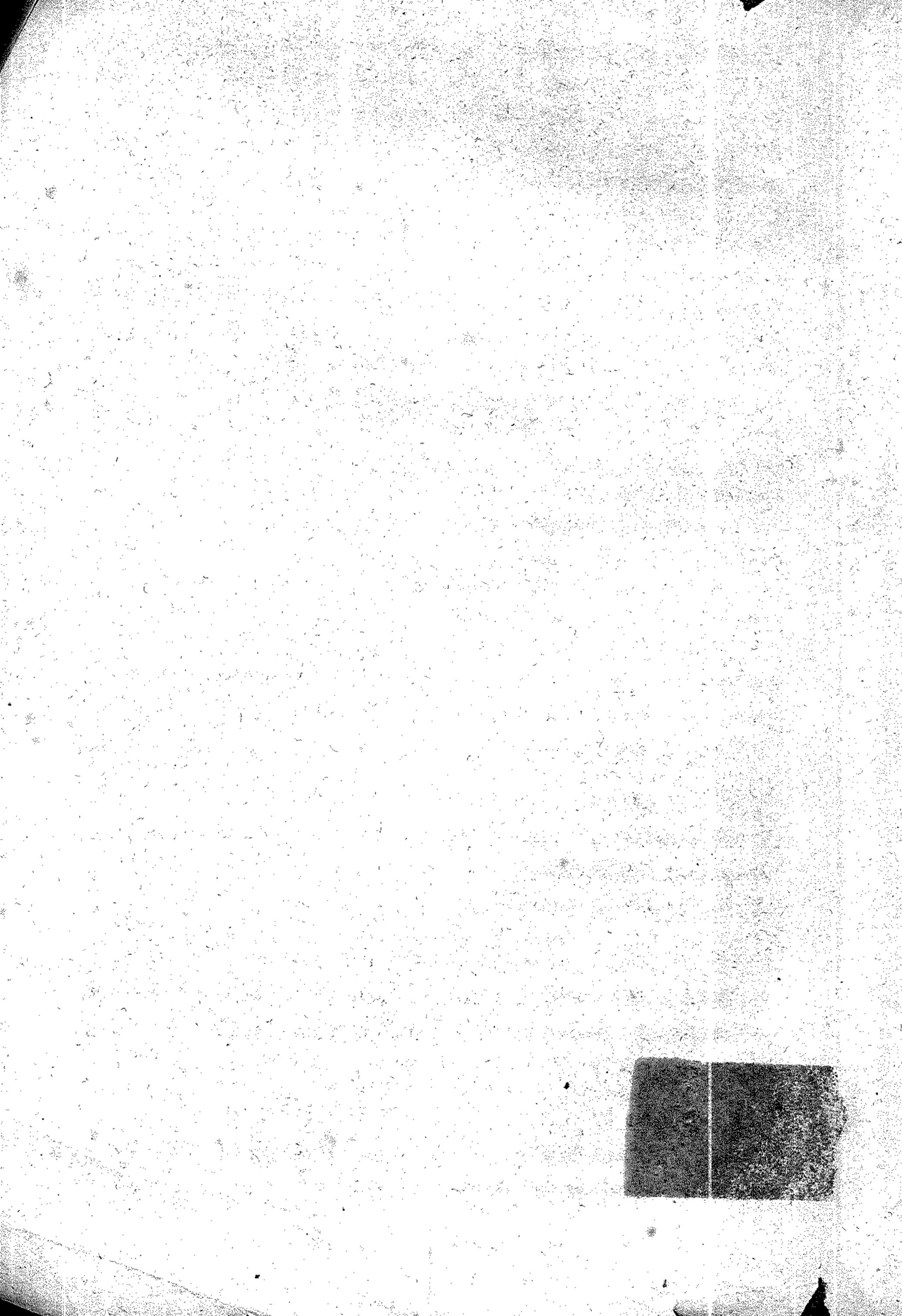
Reg. n.º 7.169

378.46.

#1

R

XIX
619



ADVERTENCIA.

Agotada instantáneamente la primera edición del presente discurso, hecha por la Universidad literaria, y sabedores de que muchas personas de ilustración deseaban adquirirle, creimos hacer un servicio á los amantes de las letras, reimprimiéndole. Con este propósito hemos solicitado del Sr. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS el competente permiso, para darlo de nuevo á la estampa; y obtenido este, con el beneplácito del señor Rector de la Universidad central, nos apresuramos á ofrecerlo al público, seguros de que acogerá benigno nuestros deseos, en gracia de las excelentes doctrinas literarias que en él se proclaman.

EXCMO. SEÑOR.

LLLAMADO en ocasion tan solemne á dirigir mi voz al respetado claustro de esta Universidad, por tantos títulos ilustre, en vano procuraría ocultar la agradable turbacion, de que me hallo poseido. En medio de tantos y tan eselarecidos varones; rodeado de los mas aplaudidos jurisconsultos y discretos repúblicos; de los mas doctos teólogos, de los mas experimentados físicos y naturalistas, de los mas señalados humanistas y profundos filólogos, ¿cómo podré levantar mi voz y mi espíritu á las altas regiones de las ciencias y de las letras, sin que halle tomadas todas sus avenidas, sin que al formular acaso una idea, nueva para mí y luminosa, aparezca á los ojos de tantos eruditos añeja ya y descolorida? Deber duro es por cierto el que vengo hoy á cumplir ante vosotros, oh sapientísimos doctores; pero de-

ber no menos grato ahora, cuando (séame lícito decirlo) ni súplicas ni ruegos han bastado para sacarme de este, que me atreveré á llamar con razon, gravísimo conflicto. Y no creais que habla en mí la repugnante afectacion de una mal enseñada modestia: lugar es este donde zozobraría quien apareciese revestido con el manto de la vanidad; y lejos de hablaros el lenguaje siempre sencillo de la verdad, para conquistar vuestra benevolencia, se propusiera deslumbraros, ataviándose primero con la deleznable y trasparente máscara del orgullo. Aliéntame por tanto la misma sinceridad y llaneza de mis palabras; y considerando el precio á que se compra la sabiduria, no titubeo en contar con vuestra ilustrada indulgencia, echando sobre mis hombros este enorme peso, llevadero solo á mas robusto Alcides.

Hoy que tan portentosos adelantamientos hacen las ciencias físico-matemáticas, multiplicándose diariamente sus maravillosas aplicaciones; hoy que traídos á tela de juicio todos los principios venerandos, se conmueven profundamente los cimientos de la sociedad; hoy que el espíritu rebelde de los hombres se atreve á escalar por todas partes el cielo, ¿cuál será, pues, el camino que habremos de mostrar nosotros á esa juventud ganosa de saber, que viene á escuchar con avidéz nuestras palabras?.... ¿Cómo desempeñaremos el noble y no nada fácil ministerio que la Sociedad y el Gobierno nos tienen confiado?.... Posicion embarazosa, donde conviene reconocer todos los peligros para evitarlos cuerdamente; responsabilidad grande, que solo deberemos aceptar, despues de haber apreciado debidamente el espíritu que anima en la presente era las especulaciones de las ciencias y de las letras.

Desde que negando á Dios, para negar despues la humanidad, osó el filosofismo del pasado siglo trastornar todas las verdades, derramando en los corazones la amarga ponzoña de la duda, rotos los vínculos de la autoridad y escarnecidos todos los axiomas de la ciencia, descarrióse á tal punto la razon entregada á sus propios delirios, que busca todavía en vano la luz, de que á sabiendas se apartára. Surgieron de aquel espantable caos tantos errores como sistemas, y dando por único

fruto la negacion de todos ellos , pusieron de resalto la triste impotencia de nuestro flaco orgullo. Pero en medio de aquella licencia desapoderada apareció un principio , sin duda peligroso y funesto para la religion y la creencia , mas que debia con el tiempo abrir á las ciencias y á las letras no trillados senderos , dándoles nueva vida y alterando visiblemente sus caracteres : que no á otro precio logra la humanidad sus mas pequeñas conquistas. Tal fué , Señores , el principio del libre examen , proclamado al fin como principio absoluto , base hoy de todos los estudios , y cuyo ejercicio ha bastado para dar mas estension , mas profundidad y elevacion á la critica.

Acaso ese mismo afan de llamarlo todo nuevamente á juicio , sometiéndolo todo á fria y rigurosa análisis , ha producido tambien males sin cuento : acaso ha quebrantado los cimientos en que las ciencias morales estribaban , y ha reducido á muy estrecha esfera las especulaciones de las demas ciencias. Mas sean cuales fueren las consecuencias fatales que hayan dimanado y dimanaren todavia del ejercicio de esa libertad del pensamiento , lo que no es posible desconocer , lo que se ofrece á nuestros ojos cual un hecho evidente , es que esa libertad aparece hoy como una necesidad suprema de los estudios , siéndole las ciencias y las letras deudoras en no pequeña parte de sus grandes progresos.

Cada siglo tiene su carácter especial , porque cada uno cree y siente de distinta manera. Cupo , sin duda , á nuestros mayores la suerte de creer profundamente : á nosotros , amamantados por la duda , criados en la escuela del desengaño , solo nos cumple examinarlo todo , para saciar esa febril inquietud que nos devora. Pudieron nuestros abuelos levantar suntuosos palacios y magníficos templos , cantando al par las hazañas de sus padres y sus propias proezas : nosotros estamos condenados á recoger los relieves de aquel opulentísimo banquete , siendo este quizá el único legado que podremos hacer á nuestros hijos. Mas semejante tarea , aunque desconsoladora y penosa , ni debe rechazarse como trabajo estéril , ni deja en realidad de ser meritoria y fecunda. Pluma mas afortunada podrá demostrar esta verdad , trazando el maravilloso cuadro que presentan hoy

las ciencias en sus multiplicadas ramificaciones : por mi parte, aspirando modestamente á explicar los fenómenos operados en el mundo intelectual, habré de contentarme solo con poneros delante el bosquejo, desaliñado y pobre tal vez, del no menos sorprendente cuadro que ofrecen las letras, deduciendo de su exámen lo que nos toca hacer á nosotros, para ayudar á levantar el grandioso edificio, á cuya fábrica debemos concurrir tambien con nuestra piedra.

Las letras, como las bellas artes, son el barómetro mas seguro de la civilizacion y cultura de los pueblos : sin su estudio profundo, ni es posible apreciar dignamente los pasos que ha dado la humanidad desde su cuna, ni pueden tampoco sacarse de su historia útiles é importantes lecciones. Dominada la crítica de este espíritu, altamente filosófico, no solo ha comprendido bajo el nombre de literatura las artes llamadas de imitacion, que eran antes el único patrimonio de los humanistas : aquella denominacion, dice un sabio escritor de nuestros dias, abraza ya todas las artes y ciencias, todas las obras y producciones que tienen por objeto la vida y el hombre; que sin dirigirse á ningun acto externo, obran directamente por medio del pensamiento y del lenguaje, manifestándose solo con el auxilio de la palabra ó de la escritura. La poesia, la historia, la filosofia (en cuanto tiene por objeto la vida y el hombre) y la elocuencia, fijada por la escritura, son, pues, los principales elementos, son el fin mas alto de la crítica.

Estos principios verdaderamente luminosos, no podian menos de cambiar en su aplicacion el aspecto de todos los estudios : colocada la crítica en tan elevado terreno, no se satisfizo ya con los trabajos de simple comentario, objeto especial de los eruditos desde el siglo xvi : á aquellas tareas, propiamente retóricas, debian suceder grandes ensayos, dirigidos á descubrir en las creaciones del arte griego y del arte latino las huellas de los dos pueblos que habian llenado el antiguo mundo con la fama de su gloria. Donde antes se habian encontrado solamente primores de lenguaje y de forma, comenzaron á resaltar bellezas de mas subido precio; y las producciones

que solo habian sido consideradas como objeto de agradable y honesto pasatiempo, fueron vistas como otros tantos monumentos de cultura, en donde se leyó al fin la vida interior y la vida pública de aquellos dos pueblos, señores de las gentes.

La Iliada, esa epopeya envidiada de todas las naciones, no ofreció ya á los ojos de la crítica un modelo simplemente artístico: bajo la brillante superficie de sus bellisimas formas, se descubrió el pueblo helénico con sus poéticos y maravillosos orígenes, con sus teogónicas y fatales creencias, con sus sencillas y pintorescas costumbres, con sus grandes ódios y terribles venganzas, con sus delicados instintos artísticos, con sus fogosas aspiraciones al dominio de los demas pueblos. De aquel sublime monumento, expresion genuina de los tiempos heróicos, debia surgir una literatura tan rica, tan espléndida como lo es la literatura griega; y trágicos y cómicos, filósofos é historiadores acudieron á doblar sus rodillas ante la inmortal rapsodia. La Iliada era, digámoslo asi, la gran síntesis de la sociedad helénica: cuando llegaron los tiempos de la análisis, la nacionalidad griega estaba ya fundada por ella, siendo por tanto indispensable que emanasen de aquel centro comun todos los aciertos del ingenio, encaminándose al mismo punto todos sus esfuerzos.

No cupo igual suerte entre los latinos á la creacion sublime del inspirado vate de Mantua, á quien bajo el aspecto de la forma habian pretendido levantar sobre Homero insignes retóricos: su obra escrita en una época de refinamiento social é hija de un sentimiento mas cortesano que patriótico, ni reprodujo con aquella fuerza, con aquella verdad de la Iliada los orígenes, las creencias, los ritos y costumbres del pueblo romano, ni sirvió de base á su literatura, enriquecida ya, como sus artes, con los despojos suntuosos del Ática. Sin embargo, por esa ley suprema que preside á las concepciones del ingenio humano, la Eneida de Virgilio nos pone tambien de manifiesto la vida del pueblo rey, que sujetando la briosa Cantabria, acababa de domar todas las naciones. La Eneida no es el himno de admiracion exhalado ante los héroes que fundan un pueblo: es si, el canto de victoria sobre todas las gentes, la expresion

mas propia del orgullo de una ciudad que habia aherrojado ya á su triunfante carro todas las ciudades del mundo.

Una y otra epopeya, una y otra literatura merecian por tanto ser estudiadas bajo otro aspecto distinto al de las formas exteriores, porque ambas reflejan de una manera enérgica y poderosa la vida del pueblo, cuya expresion moral é intelectual eran. Si al estudiar las creaciones del arte griego, vemos á Sóphocles y á Eurípides, á Aristóphanes y á Menandro seguir las brillantes huellas de Homero; si no encontramos en el Lacio, desde la época de Quinto Ennio, quien repita los cantos bélicos primitivos de los romanos, no por eso deja de revelar la literatura latina, asi como la helénica, ya la consideremos en la poesia, ya en la elocuencia, ora en la filosofia, ora en la historia, el estado social y político de la Roma conquistadora, explicando de un modo satisfactorio la marcha progresiva de sus armas y de su imperio. Contemplad si no lo que sucedió con su religion, con sus leyes y con sus artes; recordad cómo se perfecciona su lengua. Su Olimpo es el Olimpo de los griegos; sus leyes estan fundadas en las leyes del Ática, sus artes son las artes de los Phidias y Lisippos, de los Philones y Methágenes; sus poetas, sus historiadores, sus repúblicos estudian con esmero la lengua de Pindaro, Hesiodo y Demóstenes, acaudalando con sus tesoros el idioma patrio. La civilizacion romana, amasada con la sangre de tantos pueblos é iluminada por el radiante astro de Aténas, se refleja viva y fielmente en aquella literatura, que despues de tantos siglos de cerradas tinieblas debia levantarse de entre las magnificas ruinas de sus templos y teatros, para fecundar las modernas literaturas.

Mas si en los dias de crecimiento y gloria, si en los momentos de mayor grandeza, se nos muestra la literatura romana reflejando todos los elementos allegadizos, que van constituyendo la omnipotencia de aquella inmortal ciudad; volved la vista á los tiempos en que comienza á ser combatida por las borrascas de la anarquia, en que la corrupcion mas lamentosa invade todas las clases, todas las gerarquias de aquel pueblo, y hallaremos pintado por la literatura con sangrientos, pero elocuentes rasgos, el espantoso cuadro de aquella horri-

ble decadencia. Nadie mejor que los poetas, nadie mejor que los retóricos y filósofos comprenden la gran ruina que amenaza á aquel imperio, afeminado ya por los placeres, desvanecido por el fausto y la opulencia, envilecido por la tiranía y embrutecido, en fin, por el bárbaro espectáculo de los anfiteatros y los circos. Aquel pueblo, informe aluvion de todas las naciones, gigante de cien lenguas movidas por la ambición ó agitadas por el crimen, ni podía conservar su omnimoda preponderancia sobre todas, ni al recibir dentro de sus muros tan diversas gentes, le era dado hurtar la muelle cerviz á la coyunda que habia tegido con sus propias manos. La Roma de la República habia tiranizado al mundo: la Roma del Imperio, pensando acaso conquistar su cariño, apellidó á todos los hombres sus hermanos; pero los hombres tenían que ejecutar en ella el rigor de sus venganzas, lavando sus antiguas ofensas y saciando sus sangrientos ódios. La Roma del Imperio, hundida en vicios y deleites, coronó á sus enemigos y á sus esclavos con el laurel de sus cónsules y sus dictadores, y embriagada en medio de eternas saturnales, ni aun despertó de su letargo, al ver despedazar su manto de púrpura en el pretorio de los Césares.

Situacion tan violenta y amenazadora, afeminacion tan inaudita, corrupcion tan inverosímil, asi por lo grande como por lo afrentosa, ¿dónde sino en las creaciones del ingenio se hallan descritas con mayor verdad, trazadas con mayor fuerza, pintadas con mas vigoroso colorido? Un epigrama del cáustico Marcial, recitado á la muchedumbre que circulaba ociosa bajo los pórticos de Roma, basta solo para revelarnos lo que era, lo que esperaba ser aquel pueblo que á sabiendas caminaba á la barbarie: una sátira del austero Juvenal es suficiente para poner á nuestra vista el repugnante panorama de aquella córte depravada, donde la prostitucion se cobijaba bajo el manto de los Augustos, donde las matronas de mas elevada estirpe, olvidando las Porcias y Lucrecias, seguian desatinadas las manchadas huellas de la astuta Flavia y de la torpe Mesalina. Espejo espantable por cierto! Pero no menos fiel y verdadero, apareciendo en él aquellos romanos que avasallaron el

mundo, en toda su vergonzosa y triste desnudez, con sus grandes crímenes y flaquezas, con su insaciable ambición y misera impotencia, no acertando siquiera, en medio de los deleites que les trajeron sus antiguos cónsules y pretores de remotas provincias, á conservar la dignidad de hombres. «Están entorpecidos los ingenios de los jóvenes (decía Marco Anneo Séneca á sus hijos) y por desidia no quieren emplearse en cosas honestas. El sueño y la pereza, y lo que es peor, la mala industria, han llegado á apoderarse de ellos: los obscenos estudios de cantar y bailar los tienen afeminados: toda su gloria consiste en llevar cortado el pelo, en tener la voz delicada como las mujeres, en competir con ellas en los afeites del cuerpo y acicalarse con los mas inmundos unguentos. ¿Quién hay entre vuestros compañeros que sea, no digo ya bastante ingenioso, bastante estudioso, pero ni aun bastante hombre? Permanecen afeminados y endebles, sin quererlo ellos, porque así nacieron; siendo celadores de la vergüenza ajena y descuidados de la suya propia.» Una juventud, así retratada por el severo pincel del filósofo, no podía ministrar al poeta ni al historiador mas nobles, mas virtuosos modelos; siendo por otra parte imposible que quien se habia dejado arrebatarse cobardemente la libertad, quien yacía en tan hedionda molición, pudiera sostener la gloria de los Horacios y Virgilio, de los Hortensios y Cicerones. «Es tal la ignorancia (añade Séneca, quien procuraba en vano restaurar la tribuna) que con facilidad hacen creer ser suyo lo que trabajaron los hombres mas discretos; y porque son incapaces de tener elocuencia, no cesan de profanar la mas sagrada.»

La gran ruina de Roma, augurada primero y llorada después por el genio de las artes, no puede estudiarse ni puede comprenderse dignamente, sin consultar los monumentos de las letras; siendo bajo este concepto de la mas alta importancia el nuevo camino que ha tomado en nuestros dias la crítica literaria. Sin penetrar la superficie de la forma exterior, necesitaríamos tal vez condenar de nuevo al olvido millares de producciones, consideradas hoy como otros tantos mo-

numerosos de la mas levantada estima. Mas no imitaremos nosotros el fatal ejemplo de los que, sin reconocer mas bellezas que las del lenguaje y la metrificación, condenaban al fuego al gran poeta de Babilis, creyendo asi tributar á las musas la mas señalada ofrenda.

Pero si de esta manera de juzgar las obras del arte antiguo deben sacarse utilísimas lecciones, no de menor importancia habrán de ser los estudios que se hagan sobre el arte de la edad media, partiendo de los mismos principios. Las obras de los poetas y oradores, de los historiadores y filósofos de la antigüedad habian despertado vivamente la atención de los retóricos: las producciones de las literaturas que nacen y se desarrollan en el seno de Europa, durante los tiempos medios, apenas han tenido todavía justos y despreocupados apreciadores. Tan grandes fueron el deslumbramiento y la admiración producidos por las obras del arte clásico en los eruditos, que llegaron estos á rechazar con desdeñosa indiferencia cuanto habian producido sus mayores, cuanto debia contribuir á revelar sus gloriosos esfuerzos, y cuanto podia trazar la senda que en medio de tantas nieblas habia seguido el espíritu humano. Confundido y proscrito bajo el repugnante é injustificable epíteto de *bárbaro* todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime que en artes y en letras produjo la edad media, ni aun se le rindió el tributo del respeto, á su antigüedad debido, encamiándose todos los esfuerzos, todos los estudios de retóricos, artistas y poetas, á hundir aquellos mal comprendidos tesoros en el mas profundo olvido.

Procurábase entonces, con mas entusiasmo que severo juicio, anudar el arte de los Petrarcas y Sannazaros, de los Bramantes y Sansovinos con el arte de los Horacios y Virgilio, de los Apollodoros y Vitruvios; y en tan árdua como irrealizable empresa, perdiéronse lastimosamente de vista los principios fundamentales de uno y otro arte, mientras se daba á la forma métrica y al lenguaje mas alto lugar é importancia que á la esencia misma de toda clase de producciones. Y, sin embargo, el arte de los tiempos medios habia sido lo que debia ser para merecer este nombre: reflejó en sus creaciones la sociedad cristiana con

todos sus vigorosos instintos; reprodujo las costumbres con la brillantez y energía que aquellos les comunicaban, y reveló las creencias con la pureza que recibían del dogma. Ya presentándonos, en la lira de los provenzales, á la Europa entera agitada á la voz de un oscuro ermitaño; ya refiriéndonos las terribles luchas de los septentrionales, con las vagas y misteriosas tradiciones de Odino; ya (dentro de nuestra España) trasmitiéndonos la memoria de aquellas grandes batallas, crisol á un tiempo de la fé y del patriotismo castellano; siempre ese arte rudo é informe, pero espontáneo y vigoroso, se muestra en armonía con la sociedad, en cuyo seno vive, señalando sus laboriosos progresos; siempre se ostenta con aquella altiva independencia que engendra en nuestro suelo el sentimiento patriótico, y es en el resto de Europa inagotable fuente del sentimiento caballeresco.

Hubo sin duda de suponerse que la literatura de un pueblo, cosa mas agradable que útil, nada tenía de comun ni con las creencias, ni con los sentimientos, ni con las costumbres de ese mismo pueblo; y este error lamentable, que al rayar el siglo xvi pudo encontrar alguna disculpa en el entusiasmo universal que produjeron las artes y las letras greco-romanas, se propagó tambien á los eruditos de los siguientes siglos; siendo verdaderamente notable que, cuando el filosofismo del pasado rompía todas las trabas de la autoridad respecto de las ciencias morales, se empeñáran los discretos, aun con mayor ahinco que en los dias del Renacimiento, en enlazar la poesía moderna con la poesía de Pericles y de Augusto. ¡Empeño impotente y que solo podia dar por resultado una aberracion mas, en medio de tantas aberraciones como estaba el mundo presenciando!

Mas tan hondamente se aparta el arte de la edad media del arte clásico, respecto de la expresion que lo representa, como de los sentimientos que le animan. La mitología es solamente la religion del arte: sus dioses fueron inventados por los poetas, á cuyos acordes acentos se congregaban las familias, se levantaban las ciudades y se constituían las repúblicas. Pero Dios, segun el dogma cristiano, existe en lo increa-

do; á su voz se desenvuelve el caos, brota la luz apartándose de las tinieblas, y brillan los astros en el espacio, trazando el curso de los tiempos. Al soplo vivificador de sus labios alienta el hombre, en cuyas sienas coloca la corona de la creacion, sujetando á su imperio todos los animales. La idea de Dios es entre los cristianos la idea del espíritu libre y absoluto: los dioses de Hesiodo y de Homero, á pesar del idealismo de que el arte los reviste, no dejan de ser emanaciones y destellos de la naturaleza. En el politeísmo, todos los atributos de la divinidad se hallan esparcidos entre multitud de dioses, cuya reciproca independendencia constituye otras tantas individualidades, quebrantando la unidad del sistema teogónico: la religion cristiana revela la existencia de un Dios omnipotente, sabio é infinito, fuente inagotable de salud y de gracia, y cuya mano sostiene el primero y el último eslabon de la inmensa cadena de los siglos. En la religion cristiana no se trasforma Dios, como el Júpiter de la teogonia griega, ni en toro, para robar á Europa, ni en cisne, para sorprender á Leda, ni en lluvia de oro, para penetrar en el encierro de Dánae. Desciende al mundo, tomando la carne de su hechura y sin perder su esencia divina, para dar á los hombres el mas sublime testimonio de su amor infinito, para escribir con los raudales de su purísima sangre su nuevo pacto con el espíritu rebelde de las generaciones, á quienes restituye la libertad, rompiendo el yugo de la infanda servidumbre que las oprimia. La teología cristiana no admite, como la teogonia griega, el *fatalismo*, ley de hierro que gravitaba al par sobre los dioses y los hombres, devorando sordamente las entrañas de los últimos: sobre esta palabra terrible y desconsoladora ha grabado el cristianismo las de *providencia* y *libre albedrio*, elevando el espíritu á las altas regiones, de donde le habia lanzado su soberbia, y revelándole de nuevo su origen divino. La doctrina predicada por el Hijo de Dios, que es igual al padre, trae consigo la destruccion de la esclavitud y de la mentira: la mitología, parto de la imaginacion y del arte, no alcanzaba á satisfacer todas las necesidades del espíritu; é impotente para calmar su vacilacion, para mitigar la duda que le agitaba, no era tam-

poco bastante á romper las cadenas que le sujetaban al frágil barro de la materia. Por eso al brillar el radiante astro del Gólgota, mira asombrada la gentilidad caer derrocado su Olimpo, y saluda con júbilo inusitado las nuevas ideas, los nuevos sentimientos que amanecían al mundo.

Todo se aparta, por tanto, en el cristianismo de la teogonia greco-latina, no siendo en modo alguno posible, que dos artes basadas en tan distintos principios religiosos, pudieran tener una misma expresion, un mismo lenguaje. Pretension semejante, sobre aparecer destituida de fundamento, solo podia conducir al caos y á la negacion de la historia y de la humanidad misma; único resultado obtenido por los retóricos, que ó faltos de luz, ó demasiado engreidos con sus prolijas tareas, nada vieron mas allá del siglo xvi que no les moviese á desden, que no excitase su desprecio. Mas antes debieron probar que la edad media no habia existido, ó cuando menos que habia existido desprovista de toda razon, de todo sentimiento: menester era demostrar que habian trascurrido diez siglos sin artes, sin letras, sin religion, sin patriotismo; siglos de absoluta abyeccion y embrutecimiento profundo. Y contra aserto tan descaminado hubiera protestado sin duda la enérgica, aunque muda elocuencia de esas soberbias basílicas, de esas sublimes catedrales que pueblan la Europa, con admiracion y envidia de las artes modernas; contra aseveracion tan arbitraria se hubiera levantado el genio del cristianismo, que conmoviendo la sociedad entera por el espacio de tres siglos, armó el Occidente contra el Oriente, y lanzó sobre el Asia guerreros sin cuento, para libertar el sepulcro del Salvador del mundo; contra doctrina tan perniciosa se habrian, en fin, alzado de las tumbas las venerandas sombras de nuestros abuelos, para presentar los magníficos títulos de su fé y de su patriotismo, acrisolados en una guerra santa de ochocientos años, comenzada en las montañas de Covadonga y llevada á feliz remate en las feracisimas vegas de Granada.

Y si mas que temerario parece el pretender que los magnates del feudalismo, que los héroes de las Cruzadas, que los guerreros españoles, guerreros de la libertad y de la indepen-

dencia, pensáran y obráran como los héroes griegos y latinos; si mas que absurdo sería el suponer que abrigasen unas mismas creencias, unos mismos sentimientos y tuviesen iguales costumbres domésticas y políticas, ¿cómo no se han establecido por la critica estas diferencias, para apreciar convenientemente las creaciones que nos retratan á esos caudillos, á esos héroes con su verdadera fisonomía, con su brillante colorido? Sin que nos sea lícito apartar los ojos de la literatura española, la menos conocida, la menos estudiada de cuantas surgen del seno de los tiempos medios (y para nosotros la mas digna de estudio), notemos esa disparidad de creencias, de sentimientos y costumbres, y advertiremos fácilmente cuán descaminados han ido los que, al calificar de *crónicas rimadas*, de *bárbaros embriones* las primicias de ese arte tan espontáneo como vigoroso, tan lozano como independiente, olvidando la espantosa catástrofe del Guadalete, no tuvieron aliento para apreciar los grandes sacrificios, las inauditas proezas de nuestros mayores, en aquellos monumentos reveladas.

Los héroes españoles no pueden sentir, pensar, ni obrar como los héroes griegos y latinos. Ni se hallan amarrados á la feroz coyunda de un hado implacable; ni necesitan para sobreponerse á los demas hombres, trocar su naturaleza convirtiéndose en semi-dioses: ni han menester tampoco ser invulnerables, para atar á sus estandartes la victoria. Los héroes de la poesía española son esencialmente cristianos: salidos de la humanidad, hijos de otros hombres, se hallan sujetos á todas las condiciones de la naturaleza: frágiles, como el barro que los viste, se elevan á mas altas y felices regiones en alas de la fé que ilumina su alma; purificándose, no por medio de abluciones ni de otros actos externos, cuya virtud sea fruto de poderes extraños, sino por medio de la oracion y del éxtasis que los levanta al mundo de los espíritus. Lloran sus infortunios; pero sobrellevan sus quebrantos con resignacion sublime, sin que asome á sus labios el acento de la desesperacion ni de la saña, sin que provoquen ni desafien la ira del cielo, como los héroes y semi-dioses del gentilismo. Pelean sin tregua ni descanso, no por satisfacer un

sentimiento de mundanal venganza, de sensualidad ó de orgullo; no para someter á dura servidumbre naciones que gozaban antes de entera y pacífica independendencia; sino para rescatar la libertad perdida; para derrocar al tirano que oprime con vergonzoso yugo el cuello de la patria, y que profana y vilipendia sus altares, sus sacerdotes y sus virgenes; para restituir á Dios, con el culto de sus corazones, la tierra regada con la sangre de sus mártires.

Semejantes creencias que tienen por fundamento el doble dogma político-religioso del pueblo español, habian de engendrar necesariamente sentimientos enérgicos y vigorosos, bien que no menos tiernos y apacibles. Una de las cualidades que mas resaltan en el carácter de los héroes castellanos, es, en efecto, la ternura; porque entre el estruendo y sobresalto de las batallas se despertaban en sus pechos los mas dulces afectos, menesterosos de otros seres en quienes depositar el amor, la lealtad y la fé que rebosaban en sus corazones. Los héroes de la Cruz, unidos por el sublime vínculo de la religion, cuyo lazo se estrechaba á vista del comun peligro, no solo amaron á sus mujeres con todo el respetuoso ardor de que eran capaces, sino que desde los primeros albores de la monarquía sintieron desarrollarse en su alma, tal vez con mayor fuerza, el fuego santo de la amistad, constituyendo este sentimiento uno de los rasgos mas característicos del caballerismo español, tan diverso del caballerismo de las demas naciones. A estos sentimientos apacibles, tan propios de los pueblos belicosos donde brillan á menudo los caracteres heróicos, presidian en los caudillos españoles el de la independendencia y el del valor individual, produciendo naturalmente el conocimiento de la alta importancia que alcanzaban en el Estado, y el de las proezas y sacrificios que tenia este derecho á exigir de su indomable bravura. Asi el *amor*, la *lealtad* y el *honor* llegan á ser entre los castellanos las prendas de mas estima, formando el triple dogma caballeresco y sirviendo de base á las costumbres, al fundirse en los dos grandes principios que eran la piedra angular del edificio político y religioso.

Las costumbres castellanas, fruto natural de estas creencias

y estos sentimientos, no era posible en manera alguna que tuviesen puntos de contacto con las costumbres de Atenas y de Roma. Sometido el pueblo español en su vida doméstica á un gran principio religioso, y subordinado en la pública á una ley imperiosa y á un deber supremo, no vivia en las plazas, como el pueblo griego, ni deliberaba al aire libre en los comicios, como el romano. Mientras en Atenas y en Esparta era el mas alto objeto de la civilizacion la vida del Estado, el interés universal de la patria, las costumbres republicanas y el patriotismo ardiente de los ciudadanos; mientras dominaba en Roma al espíritu público la turbulencia de las costumbres, el menosprecio de los afectos domésticos y el sacrificio de la individualidad ante el interés general del Estado, eran en España el recogimiento, la abstraccion moral y la práctica de todas las virtudes cristianas el alma de la vida doméstica, constituyendo respecto de la pública el único lema, la única necesidad del pueblo ibero, la defensa de la patria restaurada, la salvacion de la patria oprimida por el enemigo de Dios. Los héroes castellanos pertenecian ante todo á la familia, sin que por esto olvidasen sus sagrados deberes para con la patria que habia menester de sus espadas. Durante los dias del peligro, este era su único pensamiento y la única ley de su existencia; mas cuando libre ya el Estado del enemigo natural, volvian al seno de sus familias, entonces el esposo y el padre cristiano se consagraban en los hogares al cuidado y educacion de sus hijos, confiando á la autoridad de los reyes la quietud y la suerte comun de sus conciudadanos, con la administracion de los intereses públicos.

De esta diversidad de costumbres que nos presenta á los griegos y romanos, viviendo ya en el Pyreo ó en el Foro, ya en los pórticos, templos y teatros, ó ya finalmente en el campo de Marte ó en el Circo, abandonando á los esclavos la educacion de sus hijos ó el cuidado de los intereses domésticos, debian tambien nacer diferencias colosales en la manifestacion artistica, diferencias consignadas en las ruinas y despedazados monumentos de aquellos dos grandes pueblos. La vida de los antiguos era toda exterior: las artes debian, pues, limitarse á satisfacer esta necesidad pública; y donde quiera se levantaron suntuosos

y magníficos monumentos que realizaron sus sueños de saber y de gloria. Pero al mismo tiempo que así daban muestra de esplendidez y de grandeza en los edificios públicos, eran en sus casas mezquinos y descuidados, tanto en la distribución de sus habitaciones, como en sus muebles y ornamentos. La vida del pueblo español, más recogida y doméstica, necesitaba por el contrario otros medios de satisfacción: concediéndolo todo á la familia, se buscaron con esmero los caminos de la comodidad y de los placeres interiores, empleándose la arquitectura y las artes mecánicas en el logro de aquella idea, estimulada por el ejemplo de los árabes. Los patios, los jardines donde los caudillos castellanos recogían las tiernas caricias de sus esposas y de sus hijos, y donde jamás penetraba el bullicio del mundo, reemplazaron en la España de la edad media á los pórticos, termas y plazas de Atenas y de Roma, como inequívoco testimonio del recogimiento, de la quietud y de la mansedumbre que presidían á las costumbres domésticas de nuestros abuelos. Hé aquí las principales fuentes donde se inspira la literatura española, cuya peregrina originalidad, cuya extremada riqueza comienzan ya á ser apreciadas por los críticos extranjeros. De esas fuentes brotaron, durante la época de la reconquista, los himnos de amor y de entusiasmo que forman la grande epopeya castellana: de ellas nació también el teatro español, el más rico, el más heróico, el más católico, si no el más profundo, de cuantos enriquecen las modernas literaturas.

Si, pues, ni la religion, ni la política, ni las leyes se fundaron entre los antiguos sobre las mismas bases que entre los pueblos neo-latinos: si las costumbres de una y otra edad difieren tanto, ¿por qué empeñarse en someter ciegamente la literatura de los unos á las leyes deducidas del arte de los otros? ¡Vano propósito por cierto!.... La poesía, la elocuencia, la filosofía que han nacido de la gran ruina del mundo antiguo, no pueden, no deben hablar el mismo lenguaje que hablaron Homero y Virgilio, Demóstenes y Ciceron, Aristóteles y Séneca. Si lo hablaran ¿cuál sería la suerte de los hombres? ¿Dónde iríamos á buscar los progresos del espíritu humano?....

Estas verdades preludiadas, si no proclamadas por la cri-

tica del siglo XIX, han venido, Señores, á cambiar de lleno el carácter de los estudios literarios. La forma es un requisito indispensable del arte; pero no el arte mismo: es solo el medio de que se vale para manifestarse, hallándose por tanto sujeta á sufrir las modificaciones de la idea que la domina. Que los sentimientos y las ideas de los pueblos cambian, como sus necesidades y sus condiciones de vida, no hay para qué demostrarlo: la crítica que aspire al título de filosófica, debe en consecuencia abarcar no solo la forma exterior, sino penetrar también con planta segura en el dominio de la idea, si ha de recoger el fruto apetecido. Para conseguirlo, necesario es que se fortalezca con largos y profundos estudios, porque la meta está distante y apenas se descubren en el camino las huellas de los eruditos. No basta ya que se nutra con las lecciones de la retórica, de la poética y de la psicología: necesario es que pida sus armas á las bellas artes, y que sorprendiendo en sus elocuentes páginas de mármol los sentimientos y creencias de una y otra generación, penetre en el ancho campo de la historia; y probando en esa doble piedra de toque la legitimidad de las obras del ingenio humano, nos descubra así inmensos tesoros, todavía ignorados. La historia, ese gran libro de la vida, espejo vivo de lo pasado y saludable lección de lo porvenir, servirá de fiel comprobante á la poesía, primer instrumento de cultura en todos los pueblos, y la poesía vendrá también por este camino á iluminar la historia. Ya nos revelen los sentimientos religiosos de los hombres, ya nos pinten sus instintos de libertad é independencia, ora nos retraten sus usos y costumbres, ora en fin, nos pongan de relieve las glorias de sus armas y de su heroísmo, siempre habremos menester quilatar los cantos de los vates en las páginas de la historia religiosa, política, civil y militar de las naciones. Y cuando lejos de contradecirla, expliquen satisfactoriamente sus creencias, sus aspiraciones, sus intereses, sus hábitos domésticos y sus empresas guerreras; cuando se muestren de acuerdo con sus artes, notándose igual desarrollo intelectual en sus templos y monumentos que en su literatura, contemplad entonces como obras de buena ley, dignas de la inmortalidad, las creaciones de la

poesía; porque esa unidad de expresión está revelando la unidad del pensamiento que anima al arte en sus diversas manifestaciones.

Y no temais que esas producciones del ingenio ofendan las reglas de Aristóteles y de Horacio: esas leyes que han sido cruel lecho de Procusto aplicadas por el exclusivismo ó la ignorancia, son la prueba mas autorizada de cuanto vamos asentando. Recordad cuando esos cánones se establecen. ¿Acaso en los momentos en que el arte se desenvuelve libre y espontáneamente?.... No; esas leyes, hijas solo de la observacion de los grandes modelos, se fijan cuando ya el arte se halla herido de muerte; cuando los hombres pensadores, presintiendo su próxima ruina, acogen como empresa meritoria y patriótica, la de evitarla con todas sus fuerzas. Ved si no, en qué momento escriben Aristóteles y Horacio, Ciceron y Quintiliano: reparad si sus inmortales códigos pudieron suspender un punto la decadencia de aquel arte, cuyos cánones ponian delante de poetas y oradores. La época de las poéticas y de las retóricas, no es la época de la creacion y de la espontaneidad: son aquellas los puntales con que se procura sostener el despedazado edificio de las letras, el canto funerario en que se ensalzan las hazañas y virtudes de los héroes, cuya muerte llena de tierno luto las almas nobles y generosas. No receleis por tanto que al juzgar las obras del arte greco-latino, nos pongamos en contradicción con esas leyes: si la crítica se halla asistida de la luz de la filosofía, si compara y aprecia dignamente todos los elementos de cultura que germinaron en Atenas y en Roma (no lo dudeis), las reglas que deduzca de estos estudios, han de guardar estrecha semejanza con las leyes de Aristóteles y de Horacio. Respecto de la literatura y la poesía de los tiempos modernos, no encontraremos á la verdad reglas escritas, bastantes á satisfacer las exigencias de la crítica; efecto del excesivo desden con que fueron vistas sus primicias y del respeto profundo con que se acataron, despues del Renacimiento, los códigos greco-latinos. Y sin embargo, ya lo hemos visto: el arte de la edad media presenta á la estimacion de la filosofía tan brillantes títulos de legitimidad, como el arte de Homero y de Virgilio.

Mas no se crea obtener sin esfuerzo la justa apreciacion de los peregrinos monumentos de esta edad, aunque nos preparemos de antemano con largos y sazonados estudios. Hay en nosotros una propension irresistible á verlo todo desde el punto de vista en que el tiempo, el clima ó la educacion nos colocan, pretendiendo amoldarlo todo á nuestra manera de ver habitual, á nuestras comunes creencias y al influjo de las preocupaciones de la muchedumbre que nos rodea, alejándonos lastimosamente del camino de la verdad, cuyo descubrimiento anhelamos. Llevados de este impulso, al cual no pueden resistir á veces los hombres de razon mas segura, pretendemos sin otro exámen que los héroes que florecieron en apartados siglos sientan, piensen, obren y se expresen del mismo modo que nosotros; y para mayor contradiccion, cuando manifestamos este empeño, reconocemos quizá la ley que obligó á aquellos héroes á vivir una vida distinta de todo punto de la nuestra. No basta, pues, que se reconozca la necesidad de remontarnos con la imaginacion á los tiempos en que viven los héroes y los poetas que cantan sus proezas: necesario es que penetremos en sus hogares, para sorprender todos los secretos de su vida, para espiar todos los instantes de expansion de su alma, todos sus afectos domésticos, reconociendo allí al solícito esposo y al tierno padre, al amoroso garzon y á la cándida virgen: menester es que comprendamos sus relaciones con el Estado; y entrando, ya en los concilios, ya en los parlamentos, ora en las asambleas, ora en las cortes, apreciemos aquellas venerables costumbres, aquella desinquieta y áspera independendencia, aquella insaciable ambicion de gloria, aquella acrisolada lealtad, aquella no desmentida hidalguía, aquellos ódios inestinguibles y apenas contenidos por la autoridad de los reyes, que en admirable contraste caracterizan á los próceres de Francia é Inglaterra, de Italia y Alemania, de Aragon y Castilla; menester es, finalmente, que recorriendo la historia indumentaria de estos pueblos, no sean peregrinos para nosotros sus trajes, muebles y ornamentos, á fin de que podamos bosquejar con propiedad sus retratos, evitando así el sacar de ellos repugnantes y monstruosas caricaturas. Solo de esta manera podremos comprender los puros y

tiernos afectos, expresados con tan admirable candor y sencillez por los vates, y ponderar la viveza de los cuadros de costumbres con tan nativos colores, con tan agradable descuido y verdad pintados en aquellos primitivos monumentos de las modernas literaturas: solo de este modo llegaremos á valorar la fuerza y vigor de las leyes, la profundidad de las creencias, la extension de las necesidades públicas y privadas de cada pueblo, no sorprendiéndonos ya ni trayendo á nuestros labios una sonrisa tan compasiva como ignorante, el ver animados de un pensamiento mismo y dominados de un mismo interés, de unas mismas preocupaciones guerreros y patricios, príncipes y prelados, magnates y pecheros.

Cuando lleguemos á este punto, al cual se encaminan hoy los esfuerzos de la crítica, habrá realizado esta su grande obra: todavía tiene que sostener empeñada lucha con las preocupaciones heredadas de los eruditos, mas tenaces sin duda que las preocupaciones de los demas hombres; pero viene armada con la antorcha de la razon y llega á tiempo en que han comenzado á derrocarse los ídolos del exclusivismo hasta ahora ciegamente incensados. Hé aquí por qué cuenta ya con perseverantes y formidables campeones.

Rectificados así los estudios literarios, fácil será completar, elevándolos á mas ancha esfera, los que se han hecho sobre las producciones del arte greco-romano, comprendiendo de lleno las peregrinas costumbres de aquellos dos inmortales pueblos y contribuyendo á desvanecer un error, nacido en la presente edad del espíritu mismo de progreso que anima los estudios históricos. Ha cundido modernamente la idea de que sabe ya la Europa bastante de Aténas y de Roma, para no malgastar el tiempo en el estudio de los monumentos que á cada paso levanta el arado del labrador, pertenecientes á uno ú otro pueblo; y partiendo de este principio, se ha deducido que ha pasado ya la época de la *arqueologia pagana*. Estas ideas, que no pueden menos de condenar la razon y la filosofía, se han apoyado, no obstante, en un hecho que encierra cierto fondo de verdad, si bien nunca tendrá fuerza bastante para canonizar el error á que su exageracion conduce. La civilizacion del mundo antiguo,

grande y magnífica, como sus ruinas, apareció al brillar los albores del *Renacimiento*, llena de encantos y misterios: todo para nuestros mayores era nuevo y extraordinario: todo debía, pues, excitar su admiración, pareciéndoles descubrir en los monumentos de las letras y de las artes la grandeza de los Césares, la austera majestad de los Aristides y Cincinatos. Desdeñando los siglos medios, hicieron entera abstracción de cuanto les había precedido, dejando intacto el estudio de los monumentos debidos á los pueblos que nacieron, al derrocarse el imperio de los Augustos. De esta manera incompleta de juzgar, cuyos perniciosos resultados hemos notado ya respecto de la literatura, se ha pasado sin más exámen al extremo opuesto. Al arte *pagano* sucedió el arte del cristianismo: á la suntuosidad de aquel reemplazó la severa sencillez de este: á la magnificencia del uno la sublimidad del otro: á la regularidad y rigidez del primero la extremada variedad y riqueza del segundo. El arte cristiano tenía también su historia: sus tradiciones eran interesantes y misteriosas: sus creaciones despertaron al cabo la admiración: la admiración engendró el deseo de la análisis; y hé aquí llegada naturalmente la época de su estudio, mirando sus cultivadores las obras de la antigüedad clásica con igual desden que fueron vistos en el siglo xvi los monumentos de la edad media. Pero así como la crítica rechaza hoy el exclusivismo de los retóricos, así también debe condenar la arbitrariedad de los que niegan la importancia de los estudios verdaderamente clásicos, pues que no puede considerarse en la cadena de los siglos una generación ó un pueblo aislado, formando por el contrario cada era, cada nación uno de sus fortísimos eslabones. La arqueología, ciencia á la cual se abrirán sin duda y quizá en breve las puertas de este santuario, poderoso auxiliar de los estudios históricos, ya se refiera á los tiempos medios, ya á la antigüedad, apoyando los estudios literarios y siendo iluminada por ellos, nos suministrará abundantes lecciones sobre la vida pública y doméstica de los pueblos, conduciéndonos al conocimiento de sus usos, ritos y costumbres.

Hé aquí en suma la grande obra que debe llevar á cabo la crítica literaria, aspirando á la universalidad é independencia, de

que injustamente se le habia despojado. Auxiliares de estos estudios son sin duda las lenguas sabias, que se hallan agrupadas al feracísimo árbol de las letras: el hebreo, lengua perfecta y filosófica por excelencia, nos abrirá el camino para que podamos conocer en todo su valor la majestad y belleza de los sagrados libros: con su estudio y conocimiento lograremos escuchar en su nativa lengua el enigmático y misterioso acento de Job; el doloroso y terrible de Jeremías; el ardiente y fogoso de Amos; el cáustico y patético de Isaias; el fervoroso y entusiasta de David, cuyos sublimes salmos (dolor causa decirlo) no han sido todavía dignamente interpretados por las modernas literaturas. El estudio de la lengua santa, nos dará tambien entrada en el de la legislacion, los ritos y costumbres de aquel pueblo, tan querido de Dios, como ingrato á sus divinas mercedes; y aplicándolo convenientemente á la edad media, nos llevará de la mano para quilatar los inauditos esfuerzos de las celebradas academias de Córdoba y Toledo, pudiendo algun dia sacar á luz los desconocidos tesoros históricos y literarios, que yacen abandonados en nuestros archivos y bibliotecas. A estas utilisimas tareas habrá tambien de contribuir el árabe erudito, lengua enriquecida con las conquistas de la filosofía y de las ciencias del mundo antiguo, viniendo á fijar, con la ilustracion de los poetas é historiadores de Córdoba, Sevilla y Granada, la influencia, presentida, mas no reconocida todavía, de la dominacion arábica en la civilizacion europea y principalmente en la española. El perfeccionamiento de las lenguas griega y latina, objeto importante en el estudio de las humanidades, nos acercará mas y mas á Píndaro y Homero, á Horacio y á Virgilio. Sorprendiendo en su cuna los idiomas vulgares, siguiendo paso á paso su difícil y maravilloso desarrollo, contaremos por último los fragmentos que se desprenden del gran coloso; y apreciando los diversos elementos que entran sucesivamente á formar la fisonomia de las modernas sociedades, y mirando con religioso respeto sus orígenes, sus tradiciones, su religion, sus leyes, sus costumbres, comprenderemos el valor de sus héroes, sus sacrificios por la patria, su abnegacion, su lealtad, su hidalguía y su entusiasmo; siendo la literatura (para valerme de una expresion poética) el

hilo de Ariadne, que nos conduzca por el oscuro laberinto de los tiempos.

Entonces podremos decir á esa juventud dorada que llega á estos umbrales, llena de esperanza y de entusiasmo: Entrad en el majestuoso y poco frecuentado templo de las letras: á vuestra vista se levantarán las inclitas sombras de mil héroes: vais á comparecer ante los paladines de la horfandad y de la servidumbre, ante los guerreros de la patria, ante los campeones de la religion. Creed como ellos creian: postraos ante los santos objetos de su adoracion y su cariño: no dudeis como dudaba el filosofismo del pasado siglo. Desechad de vuestros estudios el estéril escepticismo que guió la venenosa pluma de los enciclopedistas y el exclusivismo pernicioso y ciego de los retóricos. No penetreis en el santuario de la fé y de la virtud con la duda en los labios y la incredulidad en el pecho: vais á tratar con héroes que llevan hasta el martirio la fé de sus creencias; con héroes siempre grandes, que alcanzaron la inmortalidad, porque no contaminó sus corazones la mortifera ponzoña del indiferentismo, terrible cáncer de nuestros tiempos. No les habéis, pues, el lenguaje de la hipocresía: ya que no hemos podido conservar intacta la gloria que nos legaron, despojaos á la puerta del venerable panteon, donde descansan sus cenizas, del negro fardaje de la incredulidad y de la impiedad, con que intentó cubrirnos el siglo XVIII. Solo á este precio os será dado gozar de los inmensos tesoros, que á costa de penosas y largas vigiliass hemos podido acaudalar, tesoros que vosotros llegais á poseer en un solo momento. —HE DICHO.

